

Eduardo Rabossi *In memoriam*

El día 26 de octubre de 2006, en la ciudad de Salvador de Bahía, Brasil, la Sociedad Interamericana de Filosofía organizó un Homenaje Académico en memoria de Eduardo Rabossi. El Homenaje se llevó a cabo en el marco del XII Encuentro Nacional de Filosofía del Brasil, organizado por la Associação Nacional de Pós-graduação em Filosofia (ANPOF), con ocasión del cual tuvo lugar igualmente una Asamblea Extraordinaria de la Sociedad. Los textos que incluimos a continuación fueron leídos en dicho Homenaje.

Carlos B. Gutiérrez
Universidad de los Andes

Conocí a Eduardo Rabossi en el XI Congreso Interamericano de Guadalajara en 1985; él refrendó entonces la cordial predisposición que yo ya tenía hacia colegas argentinos en razón de un gesto de deferencia muy especial que viví cuatro años antes en el Congreso de Tallahassee. Al terminar mi presentación en la sesión de Asamblea General para oficializar el ingreso de Colombia a la Sociedad Interamericana de Filosofía, intervino allí el ilustre profesor Risieri Frondizi. Dijo él que creía llegada la hora de que en el Comité Ejecutivo se comenzara a dar el relevo generacional que permitiese acoger los nuevos impulsos que animaban el trabajo filosófico en el continente y que, por tal razón, declinaba su cargo a fin de que el representante de Colombia entrara a formar parte del Comité.

Rabossi había entrado a la arena filosófica en la “etapa de desarrollo” de la filosofía analítica en Argentina, la cual cobijó a la filosofía del derecho que con el tiempo produciría aportes de significación. Aparecieron por aquel entonces las obras pioneras *Causalidad* de Mario Bunge y *Formas lógicas, realidad y significado* de Tomás Moro Simpson. El joven abogado Rabossi participó en ese desarrollo con traducciones de clásicos analíticos, primero

de Ryle y luego de Stevenson, Hare y Austin. Adelantó entonces estudios de posgrado en filosofía en Estados Unidos y fue profesor adjunto hasta que se produjo, en 1966, la intervención militar de las universidades nacionales, que forzó la renuncia de muchos profesores. Después de una estadía en Oxford, ingresó al Consejo Nacional de Investigaciones Científicas; con el retorno de la democracia, regresó en 1983 a la Universidad de Buenos Aires como Director de los programas de filosofía, a los que aireó y renovó.

Se sabía del *élan* con el que Rabossi apoyaba todo conato institucionalizador del trabajo filosófico, en forma tanto de asociaciones como de revistas. Él había sido ya uno de los fundadores de SADAF (la Sociedad Argentina de Análisis Filosófico), que gozaba entretanto de renombre continental. Y al Congreso de Guadalajara acudió como Presidente fundador de la recién creada Asociación Filosófica de la República Argentina. Eduardo era, además, muy querido por los colegas mexicanos, en razón de sus estancias en el Instituto de Investigaciones Filosóficas de la UNAM, a raíz de la situación política argentina. Discutimos en Guadalajara prácticamente toda la semana que duró el evento: es sorprendente, en verdad, todo lo que se puede hacer en encuentros filosóficos, si uno tiene ganas y encuentra con quién. A raíz de sus intervenciones en la discusión de una ponencia mía en torno a la crítica al concepto de valor en Heidegger, tuvimos una larga charla en la que nos acercó el sentido del humor desde orillas opuestas. Vino luego el encuentro intenso con el positivista jurídico empeñado en plasmar las convicciones éticas en instituciones legales que las garanticen para todos. Eduardo expuso su crítica a las teorías fundacionales de los Derechos Humanos, ya que en su opinión, el problema de esa fundamentación, si es que alguna vez existió, quedó definitivamente superado con la adopción de la Declaración Universal de los Derechos Humanos por parte de las Naciones Unidas¹ –tesis que le valió no pocos contradictores. Puesto que la Declaración expresa positivamente un acuerdo universal de la humanidad, solo quedaban después de ella problemas de efectivización y de protección, junto con la tarea filosófica de articular un nuevo paradigma que sirva de marco esclarecedor para la praxis política. La cuestión, de todas maneras, no era ya primariamente filosófica, sino política y jurídica. En el Congreso tuvimos también oportunidad de participar en una Mesa Redonda sobre problemas de la enseñanza de la filosofía en Ibero América. Allí

¹ Valdivia, Lourdes y Enrique Villanueva (compiladores), *Filosofía del lenguaje, de la ciencia, de los derechos humanos, y problemas de su enseñanza*, México: UNAM, 1987, pp.147-156.

Eduardo, evocando el famoso párrafo de Kant, en sus apuntes de una clase de lógica, que comienza diciendo: “No puede llamarse filósofo nadie que no sepa filosofar, pero solo se puede aprender a filosofar por el ejercicio y el uso propio de la razón”, insistió en el carácter de actividad que tiene el trabajo filosófico y en el carácter instrumental que tiene la historia de la filosofía en el aprendizaje de aquella actividad, tema este último sobre el cual volvimos a discrepar. Estuvimos también presentes, esa vez, en la fundación de SOPHIA, Sociedad Filosófica Iberoamericana, de corta existencia, en cuya Comisión Directiva figuraron Brasil y Portugal, en las personas de Marcelo Dascal y Joao Paulo Monteiro.

Los nuevos vientos de democracia que soplaron en Argentina alentaron luego mucha actividad filosófica. En septiembre de 1987 se reunió el Congreso Internacional Extraordinario de Filosofía, en la ciudad de Córdoba. Recuerdo que Donald Davidson, al iniciar allí su intervención, afirmó con amistosa ironía no haber captado hasta ese momento que “my friends were running the country”, que sus amigos estaban a cargo del país; el saludo inaugural del presidente Alfonsín, quien no pudo estar presente en el evento, había sido leído minutos antes por Eduardo en calidad de Subsecretario de Derechos Humanos. En Guadalajara se había acordado que el siguiente Congreso Interamericano tendría lugar en Bogotá; pero los colegas argentinos, con entusiasmo y con el debido apoyo institucional, pidieron la sede para Buenos Aires, idea que apoyé sin reservas. Antes de que se reuniera el XII Congreso Interamericano en la Universidad de Buenos Aires, sin embargo, se produjo la astronómica devaluación que hizo que los \$ 80.000 dólares asignados originalmente como presupuesto para el evento alcanzaran apenas para la compra de los pasajes aéreos de algunos pocos invitados. El edificio de la Universidad de Buenos Aires, en el que nos reunimos, no disponía además en aquel momento de calefacción. El empeño de Eduardo y de los colegas argentinos se impuso a las circunstancias y sacó adelante un logrado encuentro. En el Congreso Interamericano de Bogotá, que organicé luego en 1994 –en el que, dicho sea de paso, estuvo bien representado el trabajo filosófico del Brasil por colegas “clásicos”, como Marilena Chauí, Newton da Costa, Zekjo Loparic, y por colegas “jóvenes”, como Maria Clara Dias y Plinio Smith–, veo todavía a Eduardo trepándose al escenario del auditorio de la Universidad de los Andes para discutir entusiastamente, casi cuerpo a cuerpo, con Rorty y Vattimo. Nos encontramos después en simposios y coloquios en México y España – algunas veces afortunadas, en compañía de Elsa y de Margarita. En una charla en Berlín, a raíz de su estadía

como becario del *Wissenschaftskolleg*, constatamos con fraternal complicidad que la verdadera especialidad de los dos era, entretanto, la de mediadores en las luchas tribales que suelen darse entre los grupos y subgrupos de que se componen nuestras gremios filosóficos a escala nacional. El año antepasado le oí, en el XV Congreso Interamericano de Lima, disertando sobre uno de sus temas favoritos, el derecho de gentes, y en noviembre último, también en la capital peruana, participando en el Conversatorio sobre si hay o no guerras justas, a propósito del Día Mundial de la Filosofía.

Tras evocar los vínculos personales de dos gremialistas filosóficos, permítanme destacar la dimensión política del compromiso analítico de Eduardo. Es bueno recordar que, en la década de los setentas –en medio de la violencia y de la inestabilidad políticas, de la crisis económica y de la irrupción de fanatismos extremos de derecha e izquierda–, fue cuando se dio, en Argentina, lo que Rabossi llamó la “etapa de asentamiento” de la filosofía analítica, en el contexto de críticas pugnaces y de la cerrada oposición de la “filosofía de las facultades” de entonces. El mismo Eduardo nos cuenta, en el libro que editó junto con Jorge Gracia, Enrique Villanueva y Marcelo Dascal sobre *El análisis filosófico en América Latina*, lo que le animó no solo a difundir ese tipo de filosofía, sino a abrirse a las discusiones contemporáneas y a desbordar al parroquialismo a través del diálogo filosófico. “Hacer filosofía analítica en la Argentina de hoy”, escribió en 1985, “lleva asociada ineludiblemente la sensación de que, además de hacer filosofía en serio, se forma parte de una cruzada iluminista, se ofrecen modelos de estructura racional de un pensamiento progresista, se muestra cómo el análisis conceptual es un requisito indispensable de todo intento de entender y modificar la realidad”². Todo un programa de lo que me atreví entonces a calificar de “patriotismo analítico”, la movilización de una opción filosófica para transformar a toda la sociedad. Ese mismo Eduardo analítico sabía, claro está, aparar muy bien mis pesadas bromas hermenéuticas. Y prodigarse en encendidos ditirambos acerca de la excelsitud del Boca Juniors.

Con los años, la militancia analítico-política se fue haciendo más flexible y conciliante. Al final de uno de sus últimos ensayos, publicado en el 2003 en torno a la obra de Richard Rorty, a quien trató muy de cerca, Eduardo bosqueja una “visión localista” de ella, ya que lo que debía interesar ante todo en

² Rabossi, Eduardo, “El análisis filosófico en Argentina”, en: Gracia, Jorge, Eduardo Rabossi, Enrique Villanueva, Marcelo Dascal (eds.), *El análisis filosófico en América Latina*, México: FCE, 1985, p. 32.

Argentina es el “aprovechamiento local” de la polémica desatada por el filósofo norteamericano en Estados Unidos y en Europa. Tal aprovechamiento local, según él, nos “llevaría a reflexionar sobre las virtudes y defectos de nuestras prácticas filosóficas, sobre “nuestra irrefrenable vocación importadora” y sobre “la irrupción del análisis filosófico en un medio en el que el *establishment* consagraba unilateralmente filosofías de origen germano o francés”³. Desde la situación del trabajo filosófico en Argentina, Rabossi no vacila ahora en afirmar “dogmáticamente” tres tesis: 1) que un neopragmatismo (rortyano o no), suficientemente remodelado y elaborado, puede servir a nuestra manera de hacer filosofía; 2) que *sin dejar de enfatizar lo que tiene de saludable la práctica del análisis filosófico es importante evitar su propensión al escolasticismo*; y 3) que asociar la filosofía con problemas comunitarios reales es una meta que no podemos dejar de considerar. Eduardo divisaba para sus tesis luz promisoría en el horizonte; creía él que en el mundo ancho y variado de la filosofía, Argentina estaría en una situación privilegiada para integrar posiciones que el inevitable etnocentrismo anejo a la práctica filosófica sigue haciendo aparecer como inconmensurables. Luz promisoría semejante, añadamos, se echó de ver en otros países latinoamericanos a lo largo del siglo XX. Rabossi apuntala su claro horizonte en la referencia que hace Rorty a la falta de comunicación que reina al interior de la filosofía occidental contemporánea entre los ámbitos de las lenguas inglesa, francesa y alemana, hecho deplorable si se piensa que el trabajo más interesante que se adelanta del lado analítico “en gran medida se superpone” con el que se despliega del lado continental europeo⁴.

Con estas pocas líneas he querido hablarles a ustedes de la calidad del amigo que, cinco días antes de su muerte, sabiendo que yo regresaría de Lima a Bogotá muy temprano a la mañana siguiente, me dejó un mensaje conminándome a que, sin importar la hora de mi regreso al hotel, le llamara a su habitación a fin de que pudiéramos, en sus palabras, “despedirnos como la gente”. Así lo hicimos, de abrazo.

³ Rabossi, Eduardo, “El caso Rorty, un modelo para armar”, en: Nudler, Oscar y Francisco Naishtat (eds.), *El filosofar hoy*, Buenos Aires: Biblos, 2003, p. 101.

⁴ *Ibid.*, p. 102.

Miguel Giusti

Pontificia Universidad Católica del Perú

Eduardo Rabossi falleció el 10 de noviembre de 2005 en la ciudad del Cusco, en el Perú. Fue un día jueves, a las 9:30 de la mañana. Pocos minutos antes habíamos estado desayunando juntos, con él, con Elsa su mujer, con Javier Sádaba y con algunos otros amigos y amigas peruanos en el patio de un acogedor hostel colonial reclinado sobre la hermosa Plaza de las Nazarenas. Como en todos esos días, el Cusco mostraba aquella mañana un sol brillante, luminoso, y un cielo azul con nubes muy blancas y pasajeras. Eduardo sintió de pronto un malestar en la boca del estómago, lo atribuyó a una indigestión y se excusó para ir a descansar. Fue a su habitación, se recostó en la cama, cruzó casi plácidamente los brazos y las piernas y en pocos minutos dejó de existir... Los días anteriores habíamos participado en el Congreso Nacional de Filosofía del Perú, disfrutando del encanto y el misterio de la ciudad del Cusco, y dando un largo paseo por el imponente Valle Sagrado de los Incas. Nada hacía sospechar que Eduardo nos dejaría de improviso; por el contrario, se le veía entusiasta y lleno de energía, con la curiosidad de quien se sentía apasionado por una ciudad a la que siempre había deseado ir, y gratificado, como lo comentaba frecuentemente con Elsa, por haberla finalmente llegado a conocer. La conmoción que su muerte nos produjo fue, pues, incrementada por el horror de la sorpresa con que nos sacudió. Sobrevino como un rayo. Y nos hizo enmudecer y padecer, como ocurriría luego con tantos otros colegas y amigos al enterarse de la noticia.

Deberán excusarme si me detengo en estos y en otros detalles, muy personales, de aquel último encuentro con Eduardo Rabossi, pero no puedo dejar de vincular su memoria al recuerdo entrañable de los días que pasé con él justo antes de su partida. Y no fueron pocos. Porque el destino quiso concederme que, de los últimos dos meses de su vida, prácticamente un mes entero lo pasáramos juntos, entre congresos y viajes, con muchas pausas para que la amistad pudiera alimentarse de cosas gratuitas, de cuentos personales, de sueños más que de proyectos. A mediados de septiembre estuvimos en Colombia, en Medellín, gracias a la hospitalidad de esos tan buenos amigos y tan eficientes organizadores que son los colegas de la Universidad de Antioquia, discutiendo sobre cuestiones de justicia global y de derechos humanos, temas en los que Eduardo Rabossi era una indiscutible y sugerente autoridad. Seguimos luego viaje a Lima, a un coloquio similar, pero esta vez

en el marco de los trabajos de la Comisión de la Verdad del Perú. Rabossi, como se sabe, había sido miembro de la Comisión Sabato, en Argentina, y tenía un gran predicamento en la opinión pública peruana porque se sabía de su trayectoria y de su buen juicio en los asuntos de la reconstrucción de la memoria política nacional en un país latinoamericano. Fue allí muy solicitado por la prensa, por los estudiantes, por los filósofos del Perú. A comienzos de noviembre volvió a Lima para una Asamblea de la Sociedad Interamericana de Filosofía, sociedad de la que había sido él mismo presidente por varios años. Esa reunión congrega a los presidentes de las asociaciones nacionales de filosofía del continente. Tuvimos en Lima días intensos de discusión sobre el modo de reestructurar y relanzar la Sociedad, y en ellos la presencia de Eduardo Rabossi, como también por cierto la de Carlos Gutiérrez, fue celebrada por todos, con respeto y con ironía, como la presencia de los “ancianos” o de los “sabios” de la tribu, a cuya experiencia se puede recurrir para orientar o mesurar las iniciativas de sus miembros. La noche anterior a la partida para el Cusco cenamos juntos en el restaurante limeño “Las Brujas de Cachiche”, llamado así en honor a las hechiceras de una ciudad del sur del Perú, lugar simbólico y ocasión ideal para departir amigablemente haciendo alusión al apoyo prudente y sagaz que personas como Eduardo Rabossi podían dar al futuro de la filosofía americana.

No puedo dejar de mencionar, muy sentidamente, el paseo que hicimos, en grupo, al Valle del Urubamba. Nos tomamos un día en el Cusco, alquilamos una camioneta, y fuimos a recorrer las aldeas y las fortalezas que los incas construyeron en las laderas montañosas que bordean el valle, y que ofrecen un espectáculo hermoso y sobrecogedor al mismo tiempo. En una de esas estaciones, en Pisac, recorrimos a pie las ruinas de la ciudadela construida en el pico de una montaña, desde la que se divisa la inmensidad y la majestuosidad del valle. Estábamos todos fascinados por el paisaje, y en cierto modo estremecidos por la impresión de solemnidad que causaban sus dimensiones. Eduardo estaba literalmente cautivado por el entorno, y parecía sentir la necesidad de expresar locuazmente su satisfacción. Nunca antes le había oído referirse con tanto entusiasmo a sus tres grandes pasiones: los tangos, la obra de Borges y el Boca Juniors. En los largos ratos de viaje por las carreteras del valle, anduvo cantando tangos y comentando sus letras; citó de memoria muchos pasajes de Borges, especialmente pasajes ingeniosos; y contó cuánto placer le producía, desafiando la rigidez o la incompreensión de algunos de sus amigos filósofos, ir frecuentemente a los partidos de fútbol del

Boca, acompañado ya por sus nietos, para sumarse al coro profano y tribal de los rituales deportivos.

Pocos días antes, lo dije ya, habíamos tenido en Lima una asamblea de la Sociedad Interamericana, en la que su presencia había sido gravitante y fundamental. Esto no era una excepción, aunque sí lo fue quizás el alto grado de autoridad que había llegado a adquirir, porque durante décadas Eduardo Rabossi contribuyó en muy grande medida no solo a renovar la investigación filosófica en América Latina, sino también a fortalecer las instituciones que congregan a los filósofos de la región. Tempranamente promovió las investigaciones en filosofía analítica, y fundó en Buenos Aires la Sociedad Argentina de Análisis Filosófico, pero no sucumbió nunca a las intrigas entre las facciones y supo tender siempre puentes entre las tradiciones filosóficas. Organizó en Buenos Aires un congreso interamericano de filosofía y ejerció luego la presidencia de la Sociedad Interamericana por varios años. En todo este tiempo demostró ser un constructor, un generador de consensos, un hombre con mentalidad positiva y propositiva, que andaba sobre los puentes que iba tendiendo, sin dejar nunca por ello de decir con claridad su opinión ni de defender sus ideas. Esta actitud constructiva era, sin duda, un rasgo de su carácter, en el sentido en que Aristóteles entiende esta expresión, es decir, era en él una manera habitual de conducirse, una *hexis* que supo cultivar a lo largo de su vida y que correspondió de manera perfecta al estilo de filosofía que se había propuesto practicar.

Porque Eduardo Rabossi fue, en el sentido estricto de la palabra, un *phrónimos*, un hombre sabio y prudente que logró armonizar sus convicciones filosóficas con su forma de vivir. Llevaba consigo lo mejor de la tradición pragmatista y de la escuela analítica, y solía por eso intervenir con finura, con rigor y con sana perspicacia en las discusiones. Más que un fabulador de castillos sistemáticos, era un severo crítico de los dogmas o de las apariencias de verdades, y aplicaba la suspicacia a su relativización, convencido de contribuir de esa manera a la práctica, y por cierto también a la teoría, de la tolerancia. Era, además, un hombre fino y cultivado, elegante en sus maneras y en sus ideas, sobrio en sus expresiones, discreto en sus actitudes, afable y siempre de buen humor. Escribió relativamente poco, en conformidad con la parquedad de su estilo, pero lo que escribió tuvo una influencia decisiva en el campo al que se refería. Todos recordarán el caso de su ensayo sobre “La fundamentación naturalista de los derechos humanos”, que suscitó tanto entusiasmo en Richard Rorty y que le sirviera a este último de base para su

estrategia pragmatista y sentimental en defensa de los derechos humanos. Consciente de que muchos de sus escritos estaban dispersos o de que algunos no habían siquiera aparecido en castellano, y presagiando acaso que el tiempo podría jugarle una mala pasada, Rabossi había decidido en fecha reciente preparar un manuscrito reuniendo lo mejor y lo más genuino de su obra filosófica: la definición misma del sentido de la filosofía y el análisis de los modelos que se emplean para ponerla en práctica. Un verdadero ejercicio de tolerancia filosófica y una meditación personal sobre el trabajo que había llevado a cabo durante toda su vida. Me consta que estaba en tratos con más de una editorial para coordinar su publicación, y hasta el propio Rorty lo había animado a concretar el proyecto y había expresado su deseo de verla aparecer igualmente en inglés. Esperemos que el proyecto siga en marcha y que podamos pronto contar con esta obra que él mismo decidió, con premeditación y con certidumbre, dejarnos en herencia.

Es sorprendente cuán intenso y cuán vasto ha sido el pesar en la comunidad filosófica latinoamericana por la desaparición de Eduardo Rabossi. El que estemos hoy rindiéndole homenaje es una señal más de ello, y señales similares se han venido dando, y proseguirán aún, en otros eventos filosóficos americanos. Actualizamos, damos vida, así, en realidad, a un ritual que forma parte de la esencia misma de la *areté* filosófica. Porque no solamente reconocemos aquí su virtuosismo intelectual, su sabiduría o su permanente contribución a la vida de la filosofía en América Latina, sino nos recogemos además festivamente para afianzar nuestra vocación y nuestro oficio de filósofos sobre la base de su recuerdo y de las huellas de su presencia entre nosotros. Eduardo Rabossi, filósofo original, hombre sabio, amigo entrañable, habría sabido entender sí, pensando en él, reconocemos “sentir / que es un soplo la vida / que veinte años no es nada / que febril la mirada / errante en las sombras / te busca y te nombra. / Vivir / con el alma aferrada / a un dulce recuerdo / que lloro otra vez”.